

Belgrano, Mateo

Itinerario del alma hacia Dios por medio de la Belleza desde las confesiones de San Agustín

Sapientia Vol. LXXII, fasc. 239, 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Belgrano, Mateo. "Itinerario del alma hacia Dios por medio de la Belleza desde las confesiones de San Agustín". [en línea], *Sapientia*, 72, 239 (2016).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/itinerario-alma-hacia-dios-belleza.pdf> [Fecha de consulta:.....]

MATEO BELGRANO

Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires
Argentina
belgranomateo@gmail.com

Itinerario del alma hacia Dios por medio de la Belleza desde las *Confesiones* de san Agustín.

1. Introducción

¿Qué es la Belleza? La pregunta por la estética, por lo bello, se la han hecho los filósofos desde la antigüedad. «Τι ἐστὶ τὸ καλόν» se preguntaban los griegos platónicos, «*quid est ergo pulchrum?*», se preguntaban los medievales. Sin duda san Agustín será parte de este grupo de pensadores. En el capítulo XIII, del Libro IV de las *Confesiones*, Agustín se hace abiertamente esta pregunta:

Entonces nada de esto sabía y amaba las bellezas inferiores y me encaminaba hacia el abismo y preguntaba a mis amigos: ¿amamos algo si no es bello? ¿Luego qué es lo bello? ¿Y qué es la belleza? ¿Qué es lo que seduce y atrae de las cosas que amamos? En efecto, si en ellas no hubiera una belleza interior y una belleza exterior, no produciría atractivo alguno sobre nosotros¹.

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro IV, Capítulo 13: «Qué es la belleza», punto 20. La traducción es propia: «*Haec tunc non noveram et amabam pulchra inferiora et ibam in profundum et dicebam amicis meis: "Num amamus aliquid nisi pulchrum? Quid est ergo pulchrum? Et quid est pulchritudo? Quid est quod nos allicit et conciliat rebus, quas amamus? Nisi enim esset in eis decus et species, nullo modo nos ad se mouerent"*» (SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Edición Latina, 2016, disponible en: <http://www.augustinus.it/latino/confessionii/index2.htm> [última vez consultado el 29/06/2016])

Artículo recibido el 10 /04/ 2016; aceptada el 20 /05/2016

SAPIENTIA / AÑO 2016, VOL. LXXII, FASC. 239 - PP 165 - 180

Pero san Agustín no se contenta simplemente con contestar qué es lo bello, sino que redoblará la apuesta: ¿es posible llegar a Dios por medio de la belleza? Desde el pensamiento de san Agustín de Hipona se pretenderá analizar cómo puede ser la belleza el camino hacia la trascendencia.

Más concretamente, este artículo se propondrá el itinerario del alma hacia el Todopoderoso, desde una ascendencia por medio de la belleza de las creaturas, a partir del Capítulo VI del Libro X de *Confesiones*. Se dividirá el capítulo en tres momentos claves: 1) la contemplación de la creación; 2) la presencia de la belleza en el interior del hombre; y 3) la trascendencia de este por la belleza. Luego se desarrollará un cuarto punto, basado en otro pasaje de *Confesiones* (Libro XI, Capítulo 5), en el cual se considerará el arte como síntesis de los tres momentos ya mencionados. También enriqueceremos los temas a tratar con otros pasajes de las *Confesiones* para alcanzar un mejor entendimiento de la idea de belleza de san Agustín. Pese a que en otras obras se trata este tema, debido a la extensión de este trabajo solo nos acotaremos a pensar la estética agustiniana desde *Confesiones*. Los pasajes que citaremos a lo largo del trabajo fueron traducidos *ad hoc*.

A lo largo de este trabajo, de la mano del Obispo de Hipona, trataremos de descubrir cómo desde la belleza creatural (la preciosidad de los montes, la armonía de las estrellas y la impo-nencia de los cielos, y también desde el encuentro con uno mismo), podemos llegar a la Belleza en sí misma y, en última instancia, ascender hasta Dios.

2. La belleza de la Creación

¿Y qué es esto? Interrogué a la tierra y dijo: «No soy (yo)». Y cualquiera de las cosas que están en ella hizo la misma confesión. Interrogué al mar, a los abismos y a los reptiles de vivo espíritu y respondieron: «No somos tu Dios. Busca por encima de nosotros». Pregunté al viento y la totalidad del aire con todos sus habitantes dijo: «Se equivoca Anaxímenes. No soy Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: «Tampoco somos el Dios que buscas», respondieron.

Y dije a todas estas cosas que rodean las puertas de mi carne: «Háblenme sobre mi Dios, ya que vosotros no sois, díganme algo de él». Y exclamaron con potente voz: «Él mismo nos hizo». Mi pregunta era mi contemplación, la respuesta de estos era la hermosura de estos².

Personificando las cosas terrestres, Agustín nos muestra el carácter dialogal de las mismas. Desde nuestra razón y nuestra contemplación podemos percibir que los entes mutables «no son nuestro Dios». Simplemente permanecer en ellas no nos alcanza, no llenan al hombre. Porque son efímeras, las creaturas no pueden colmarnos; si nos quedamos en ellas, el corazón quedará inquieto. Desde lo creado el hombre debe buscar a Dios. Allí se encuentra la respuesta, ellas nos llevan a su Creador. El fragmento citado es contundente: «La pregunta era mi contemplación; la respuesta de estos era la hermosura de estos». En el mismo Libro X de *Confesiones*, dice el Obispo de Hipona:

Bellas formas y variadas, nítidos y frescos colores, aman los ojos. No cautiven mi alma estas cosas. Que Dios la cautive, quien ciertamente creó estas cosas muy buenas, pero mi bien es Él mismo, no estas³.

Poner únicamente nuestro amor en lo mudable no nos plenifica, el hombre capaz de Dios tiene que poner su corazón en lo eterno e imperecedero. La misma estructura ontológica de

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 6: «A la búsqueda de Dios por la belleza del mundo», punto 9. La traducción es propia: «*Et quid est hoc? Interrogavi terram, et dixit: "Non sum"; et quaecumque in eadem sunt, idem confessa sunt. Interrogavi mare et abyssos et reptilia animarum vivarum, et responderunt: "Non sumus Deus tuus; quaere super nos". Interrogavi auras flabiles, et inquit universus aer cum incolis suis: "Fallitur Anaximenes; non sum Deus". Interrogavi caelum, solem, lunam, stellas: "Neque nos sumus Deus, quem quaeris", inquit.*

Et dixi omnibus his, quae circumstant fores carnis meae: "Dicite mihi de Deo meo, quod vos non estis, dicite mihi de illo aliquid". Et exclamaverunt voce magna: Ipse fecit nos. Interrogatio mea, intentio mea; et responsio eorum, species eorum»

³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 34: «El mundo de la luz. Los Placeres de la vista», punto 51. La traducción es propia: «*Pulchras formas et varias, nitidos et amoenos colores amant oculi. Non teneant haec animam meam; teneat eam Deus, qui fecit haec bona quidem valde, sed ipse est bonum meum, non haec.*

las cosas nos dice que hay algo más. Estas nos dicen «busca por encima nuestro». Las influencias platónicas se dejan entrelazar claramente y es inevitable relacionar el pensamiento del santo de Hipona con el *Banquete* de Platón.

Empezando por las cosas bellas de aquí y sirviéndose de ellas como peldaños para ir ascendiendo continuamente, en base a aquella belleza, de uno solo a dos, y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a los bellos conocimientos, y partiendo de estos terminar en aquel conocimiento que es conocimiento no de otra cosa sino de aquella belleza absoluta, para que conozca al fin lo que es la belleza en sí⁴.

Pero si bien la belleza del mundo nos dice que existe un ser más bello que les dio el ser, estamos lejos de un descrédito del mundo contingente.

La afirmación del filósofo cristiano de un Dios infinito, como la realidad suprema, no disminuyó, sino que reflató más claramente la realidad de los sujetos finitos, cada uno ejerciendo su propio acto inviolable de la existencia y que poseyendo su propio grado de unidad, verdad, bondad y belleza⁵.

Ante la grandeza y perfección de Dios, el filósofo cristiano estaba lejos de despreciar el ámbito sensible al modo platónico como muchas veces se cree. Todo lo contrario, el cristiano al ser creado por un ser infinitamente bueno vive en un mundo que es esencialmente bueno y bello. A esto llamará Gilson «el optimismo cristiano⁶». Siguiendo la personificación que realiza San Agustín, en nuestro contemplar la realidad, la propia naturaleza

⁴ PLATÓN, *Banquete*, trad., intro. y notas de Marcos Martínez Hernández, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2008, p. 145.

⁵ CHAPMAN, E., «Some Aspects of St. Augustine's Philosophy of Beauty», *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, Vol. 1, No. 1 (Spring, 1941), p. 47. La traducción es propia: «*The Christian philosopher's affirmation of an infinite God as the supreme reality did not diminish but brought out more sharply the reality of finite subjects each exercising its own inviolable act of existence and possessing its own degrees of unity, truth, goodness and beauty*».

⁶ Cfr. GILSON, E., «El optimismo cristiano», en *El espíritu de la filosofía medieval*, Madrid: Rialp, 2009, pp. 115-136.

grita: «Él mismo nos hizo». Al interrogar la creación, al contemplar el cielo estrellado, surge la pregunta: ¿de dónde salió el mundo? ¿Qué le da unidad al mundo? Desde los presocráticos y el *arjé* el cosmos plantea al hombre esta paradoja.

En el Capítulo 4 del Libro XI, que se titula «La Naturaleza proclama a su creador», encontramos este pasaje:

Como eres hermoso, ellos son hermosos; como eres bueno, son buenos: como tú eres el Ser, ellos son. Pero no son ni tan hermosos, ni tan buenos, ni poseen el Ser como tú, su Creador, en cuya comparación ni son tan bellas, ni son tan buenas, ni posee, tanto Ser⁷.

Dios es causa de todos los atributos de las cosas, pero se las da parcialmente. «Se nos dice, verbigracia, que Dios es ‘la misma fuente’, ‘la raíz o región originaria’ de toda Verdad, Bondad y Belleza⁸». Es indudable que Agustín no identifica las cosas bellas con la Belleza de Dios, sino que existe cierta jerarquía o gradación. La naturaleza posee las perfecciones de su Creador, pero en menor grado. La belleza «no constituye ninguna esfera separada, al estilo platónico ni nada fuera de las cosas reales: es una trascendencia en las mismas cosas bellas, reales y concretas⁹». A partir de lo concreto alcanzamos a Dios. En el mundo encontramos las huellas del artista divino, pero hay que tener en claro que este se diferencia de su obra, no es lo mismo el Creador y la Creación.

No podemos dejar de mencionar el interesante concepto de *splendor ordinis* de san Agustín y cómo la belleza yace en el orden de las cosas. En el tratado *De Ordine* hay un largo desarrollo de este tema. Esta concepción de *splendor ordinis* está «constituida por el género próximo, el orden, y la diferencia específica, el esplendor, la definición es asimismo clara, breve

⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro XI, Capítulo 4, punto 6. La traducción es propia: «*Qui pulcher es: pulchra sunt enim; qui bonus es: bona sunt enim; qui es: sunt enim. Nec ita pulchra sunt nec ita bona sunt nec ita sunt, sicut tu Conditor eorum, quo comparato nec pulchra sunt nec bona sunt nec sunt*».

⁸ REY ALTUNA, L., «Fundamentación ontológica de la belleza» en *Anuario filosófico*, Vol. 19, Nº 1, 1986, p. 125.

⁹ *Ibidem*, p. 121.

y coherente¹⁰». Un orden que irradia belleza, esplendor también de la Hermosura. Dada la extensión de este trabajo, no podemos profundizar en esta interesante relación entre la belleza y el orden.

En esta percepción de la belleza de la naturaleza san Agustín nos invita a dar un paso más, a ser algo más que tan solo espectadores:

La idea de belleza debe encontrarse, entonces, en el alma, y el hombre la debe buscar, debe ir a su encuentro; san Agustín posiblemente pueda establecer la idea de belleza que va mucho más allá del hecho específico de encontrar un correlato empírico en el mundo de las cosas; para san Agustín la belleza debe estar ampliada en su concepción más allá de lo que simplemente podemos observar¹¹.

Es una exhortación a no conformarse con esta belleza de las cosas simplemente, sino caminar un poco más allá, encontrar la belleza en uno mismo e ir al encuentro de Dios. Bucear en lo profundo del corazón para encontrar no solo en el exterior, sino también en el interior, la belleza de la vida.

3. La belleza interior

Y me dirigí a mí mismo y me dije: «¿Tú quién eres?». Y respondí: «Un Hombre». Y aquí me tienes con el alma y el cuerpo a disposición, el uno exterior, el otro interior. ¿A cuál de los dos preguntarle sobre mi Dios, a quien ya había buscado por el cuerpo, desde la tierra hasta el cielo sin descanso, hasta donde pude enviar como mensajeros los rayos de mis ojos? Sin duda mejor es la dimensión interior. A él es a quien informaban todos los mensajeros corporales, como presidente y juez, las respuestas del cielo, la tierra y todo lo que hay en ello, diciendo: «No somos Dios» y «Él nos hizo». El hombre interior conoció estas cosas por el ministerio exterior. Yo interior aprendí esto. Yo, yo espiritual por medio de los sentidos

¹⁰ REY ALTUNA, L., «Fundamentación ontológica de la belleza», p. 111.

¹¹ GALVIAS, N., «Nociones de Estética en San Agustín», *Kaleidoscopio*, vol. 4, Nro. 8, 2007, p. 180.

de mi cuerpo. Interrogué a la mole del mundo acerca de mi Dios y me respondió: «Yo no soy, él me hizo¹².»

En este peregrinar a Dios ya hemos pasado por el cuerpo, por la belleza captada por los ojos y los oídos. Pero todo lo que llegó por los sentidos se hace presente en el interior, ya que estos son solo mensajeros. Y nuestra misma interioridad da cuenta de que Dios nos hizo. «Yo interior aprendí esto. Yo, yo espiritual por medio de los sentidos de mi cuerpo». Lo exterior se hace presente en el interior, la belleza de las cosas se presenta en el alma. «El hombre interior conoció estas cosas por el ministerio exterior». Para Agustín, las incontables imágenes de las cosas bellas que hemos percibido por medio de los sentidos cuando son guardadas en el interior se almacenan en los salones de la memoria.

Mucha admiración me causa esto, y el estupor se apodera de mí. Viajan los hombres para mirar las altas montañas y las ingentes olas del mar y las anchurosas corrientes del río y la inmensidad del océano y los giros de los astros y se olvidan de sí mismos y no se percatan de que todas estas, que al nombrarlas no las veo con los ojos, no podría nombrarlas si no viese interiormente en mi memoria las montañas y las olas y los ríos y los astros, que he visto, y el Océano, que solamente he creído, con dimensiones tan grandes, como si las viese fuera¹³.

¹² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 6, punto 9. La traducción es propia: «*Et dixi me ad me et dixi mihi: "Tu quis es?". Et respondi: "Homo". Et ecce corpus et anima in me mihi praesto sunt, unum exterius et alterum interius. Quid horum est, unde quaerere debui Deum meum, quem iam quaesiveram per corpus a terra usque ad caelum, quousque potui mittere nuntios radios oculorum meorum? Sed melius quod interius. Ei quippe renuntiabant omnes nuntii corporales praesidenti et iudicanti de responsionibus caeli et terrae et omnium, quae in eis sunt, dicentium: "Non sumus Deus", et: "Ipse fecit nos". Homo interior cognovit haec per exterioris ministerium; ego interior cognovi haec, ego, ego animus per sensum corporis mei. Interrogavi mundi molem de Deo meo, et respondit mihi: "Non ego sum, sed ipse me fecit"*».

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 8, punto 15. La traducción es propia: «*Multa mihi super hoc oboritur admiratio, stupor apprehendit me. Et eunt homines mirari alta montium et ingentes fluctus maris et latissimos lapsus fluminum et Oceani ambitum et gyros siderum et relinquunt se ipsos nec mirantur, quod haec omnia cum dicerem, non ea videbam oculis, nec tamen dicerem, nisi montes et fluctus et flumina et sidera, quae vidi, et Oceanum, quem credidi, intus in memoria mea viderem spatiis tam ingentibus, quasi foris viderem*».

Todo lo visto, todo lo contemplado del inagotable mundo creado, es imposible conocerlo si no se interioriza, si no se le abren las puertas de los salones de la memoria. Uno no puede nombrar las altas montañas si uno no las ve en su memoria. Se puede entender que aquí Agustín habla del pensamiento conceptual, el hombre a partir de lo tomado por los sentidos, separándola de su imagen particular, formula el concepto universal, «con dimensiones tan grandes, como si las viese fuera».

Tanto como las creaturas son bellas y buenas por la creación de Dios, nosotros, al ser creaturas, poseemos cierta bondad y hermosura. Y así como estamos llamados a contemplar la belleza del mundo y de Dios, estamos llamados a encontrarnos con nosotros mismo y descubrir la belleza de nuestra alma. Pero descubrirnos a nosotros mismos no es otra cosa que reconocer que somos creados por otros, que dependemos de Otro. El «conócete a ti mismo» del oráculo de Delfos vuelve a invocar, por medio de san Agustín, esta misión de descubrirnos.

Este itinerario del alma conmociona en nuestro interior, del cual surge un movimiento hacia el objeto que nos conmociona. Y este movimiento no es otro que el amor. «Al margen de todo concepto antropológico de la Divinidad, ya desde antiguo depurado por la filosofía cristiana, de hecho nos es lícito acceder, en actitud amorosa a la fuente de la belleza, por medio de las hermosuras Creadas¹⁴». *Num amamus aliquid nisi pulchrum?* preguntaba en un principio Agustín. En la contemplación de la belleza hay un primer movimiento hacia la cosa, el cual es un acercamiento amoroso, y en donde se da este intercambio entre Dios, yo y el mundo. El hombre es un ser relacional y de esta actitud amorosa frente a lo bello crea vínculos con la naturaleza, con el interior del alma y con Dios. La Belleza es un vínculo que nos permite ese ir más allá. «La belleza, (...) es, en la Estética cristiana, una relación esencial y existencial del ser (...) y de los seres a los que condiciona y eleva. El ser es perfecto en el grado de belleza que atesora¹⁵». La grandeza y la felicidad del

¹⁴ REY ALTUNA, L., «Fundamentación ontológica de la belleza», p. 133.

¹⁵ REY ALTUNA, L., «Fundamentación ontológica de la belleza», p.112.

hombre, será entonces, en proporción, la belleza que cultive en su corazón y que le abra las puertas de la eternidad.

4. La Trascendencia por la belleza

Pero los hombres pueden preguntar (a las cosas) por qué percibe lo invisible de Dios por las cosas visibles. (...) Sino que verdaderamente hablan a todas las cosas, pero solo comprenden aquellos que confrontan la voz que viene del exterior con la verdad que está en su interior. La verdad me dice: «No es tu Dios ni el cielo ni la tierra ni ningún cuerpo». Por eso tú eres mejor, te lo digo, alma, porque tú das vida a la masa de tu cuerpo prestándole vida, lo que ningún cuerpo puede prestar a otro cuerpo. Pero tu Dios es incluso la vida de tu vida para ti¹⁶.

Que el hombre sea capaz de preguntar, quiere decir que puede encontrarse, en el carácter inteligible de las cosas visibles, con él mismo Dios. Alcanzamos el tercer paso de este camino de la trascendencia del hombre. A partir de las cosas bellas y del descubrimiento de nuestra propia belleza, nos encontramos con el rostro de Dios. Confrontando nuestra experiencia exterior «con la verdad que está en el interior», contemplando la belleza de ambas partes, elevamos los ojos al Creador.

Agustín invita al alma al encuentro con Dios, para que, en vez de amar la efímera creatura, que es tan solo una sombra de su Creador, ame a la misma igualdad y eternidad. Esa verdad interior nos dice que «no es tu Dios ni el cielo ni la tierra ni ningún cuerpo». Si el Señor que Agustín tanto busca no se encuentra en este mundo material, uno debe trascender, ir más allá de su realidad corpórea y terrestre. La misma palabra «trascender» revela este sentido. El término viene del latín *transcendere* que

¹⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 6, punto 10. La traducción es propia: «*Homines autem possunt interrogare, ut invisibilia Dei per ea, quae facta sunt, intellecta (...). Immo vero omnibus loquitur, sed illi intellegunt, qui eius vocem acceptam foris intus cum veritate conferunt. Veritas enim dicit mihi: 'Non est Deus tuus terra et caelum neque omne corpus' (...). Iam tu melior es, tibi dico, anima, quoniam tu vegetas molem corporis tui praebens ei vitam, quod nullum corpus praestat corpori. Deus autem tuus etiam tibi vitae vita est.*»

significa «pasar a la otra parte, atravesar subiendo». *Trans* significa «más allá» mientras que *scendere*, «subir».

Pregunta qué es lo que determina el goce sensible. Tan solo hallarás que la armonía, toda vez que mientras lo inarmónico produce dolor, la armonía se resuelve en placer. Reconoce, por consiguiente, cuál es la suprema armonía. No salgas afuera. Reconcéntrate dentro de ti —la verdad habita en lo más íntimo del hombre— y si encuentras que tu naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo... He ahí la armonía superior a todas las demás. Mírala bien y armonízate con ella¹⁷.

El mundo temporal, perecedero, nos llama a trascender, a elevar nuestro ser a lo eterno, a la «suprema armonía». Y no hay que ir lejos para encontrarla, otra vez volvemos a la dimensión interior, en lo profundo del corazón está esa verdad, esa armonía imperecedera. Contemplando las creaturas surge dentro de lo más hondo del hombre una pregunta, y también una respuesta: Dios. Esta idea de «belleza inteligible», que comparten tanto los medievales como el neoplatonismo, es incomprendible a la estética moderna, que se centra en su percepción sensible. La Edad Media supone una trascendencia de la belleza que los modernos dejan de lado totalmente. Justamente en la modernidad surge la estética como disciplina filosófica, tomando su nombre del término griego *αἴσθησις*, que significa percepción sensible.

Un pasaje conmovedor es el Capítulo 27 del Libro X en donde podemos apreciar el impacto del encuentro de Dios con el hombre, luego de haberse perdido en belleza terrestre:

Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, ¡tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y ahí te buscaba y deforme como era me abalanzaba a estas cosas hermosas que hiciste. (...) Llamaste, clamaste y rompiste mi sordera, centellaste, resplandeciste y fugaste mi ceguera¹⁸.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, XXXIX, n. 72.

¹⁸ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 6, punto 10. La traducción es propia: «*Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova, sero te amavi! Et ecce intus eras et ego foris et ibi te quaerebam et in ista formosa, quae fecisti, deformis*»
SAPIENTIA / AÑO 2016, VOL. LXXII, FASC. 239

En este pasaje encontramos, además de la dramaticidad del buscador, un elemento más en este itinerario a la Belleza. El hombre, aunque concentre todos sus esfuerzos en encontrar su hermosura, aunque se deleve y desviva por contemplarla, para completar este camino tiene que haber un movimiento de Dios hacia el hombre. Dios tiene que iluminarnos y llamarnos para que abramos los ojos y destapemos los oídos. Esta trascendencia, como acto más allá de nuestros límites, necesita de nuestra voluntad, pero así también de la gracia divina, ya que sin su luz no podríamos ver la Belleza.

5. La capacidad creadora del hombre

Luego de haber recorrido este itinerario por la belleza que propone Agustín en el Libro X, Capítulo 6, de sus *Confesiones*, planteamos como síntesis de los tres momentos ya desarrollados la capacidad creadora del hombre. En este contemplar interior y exterior de la belleza de las cosas y de uno mismo, y luego por estas la Belleza Divina, surge la pregunta por el lugar del arte. ¿Qué es entonces el arte, lo que es bello pero, a la vez, creado por el hombre? ¿En cuál de los tres momentos podemos ubicarlo? Empecemos analizando qué pensaba el Obispo de Hipona del tema:

Pero yo, Dios mío y mi belleza, incluso desde aquí te canto un himno y ofrezco una alabanza a mi santificador, porque las bellezas que a través del alma pasan a las manos del artista proviene de aquella belleza que está sobre las almas y por ellas suspira mi alma día y noche. Pero los hacedores de bellezas exteriores y los que van tras ellas toman de aquí sus criterios o normas para juzgarlas¹⁹.

irrueram (...) Vocasti et clamasti et rupisti surdidatam meam, coruscasti, splenduidisti et fugasti caecitatem meam».

¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, Capítulo 34, punto 53. La traducción es propia: «*At ego, Deus meus et decus meum, etiam hinc tibi dico hymnum et sacrificio laudem sanctificatori meo, quoniam pulchra traicta per animas in manus artificiosas ab illa pulchritudine veniunt, quae super animas est, cui suspirat anima mea die ac nocte. Sed pulchritudinum exteriorum operadores et sectatores inde trahunt approbandi modum».*

La belleza que plasma el artista no surge desde la nada. La obra de arte surge de un doble movimiento: en un primer momento lo que busca plasmar surge de su interior, para luego contemplarlo en lo exterior. «*Traiciat ab animo ad materiam id quod facit*²⁰», pero no puede crear la belleza *ex nihilo*, sino que el Hacedor divino siempre es su paradigma, el valor estético del hombre lo toma de la misma naturaleza y del mismo Dios creador. Y el pensamiento agustiniano se refleja en las obras de arte medievales, cuya motivación es siempre doctrinal. El arte no es otra cosa que el reflejo de la Belleza divina. «*Te laudant haec omnia creatorem omnium*²¹». Pero da la sensación de que el papel del artista es siempre secundario, igual que en el pensamiento platónico. Y lo es, ya que este se subordina a la Belleza en sí. Esto puede sonar extraño a los planteamientos estéticos contemporáneos y de la modernidad, ya que la estética moderna, al dejar de lado la inteligibilidad de la belleza y centrarse en lo sensible, sobrestimaré las artes del hombre y pondrá el foco en el papel de este en la creación. Así aparecerá, por ejemplo, la figura del «genio» artístico, un concepto totalmente ajeno a la estética medieval.

El arte entonces se presenta como síntesis de los tres momentos: el artista contempla la belleza de la realidad y desde su interior surge el deseo de plasmar su sensibilidad, su forma de ver esa belleza. Y su obra estética sigue el paradigma de la beldad divina, incluso a pesar de que el artista no vea esta norma o criterio. En el encuentro con Dios, surge el impulso creador de plasmar lo bello.

Es claro advertir que la belleza para san Agustín (...) es acceder a la posibilidad de ir más allá de la razón, es estar por encima de las fronteras de esos límites que ella establece, y acceder a ese espacio de fe, donde el creer se convierte en el impulso creador del ser humano²².

²⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro XI, Capítulo 5, punto 7. «Transmita del alma a la materia esto que hace», José Cosgaya, en Ed. B.A.C. traduce «le permite transmitir del espíritu a la materia la creación artística que se trae entre manos».

²¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro XI, Capítulo 5, punto 7. La traducción es propia: «Todas estas cosas te alaban como creador de todo»

²² GALVIS, N., «Nociones de Estética en San Agustín», p.182.

El arte es un trascender, un elevarse de esas «fronteras», y así llegar a los umbrales de Dios, donde el encuentro con lo divino mueve al hombre a plasmarlo en la materia, a transmitir el espíritu a lo corpóreo. «La belleza estaría en la verdadera creencia, del creer creando²³».

6. Consideraciones finales: nuestra época petrarquesca

*«...de mi delirio la vergüenza es fruto,
y el que yo me arrepienta y claro vea
que cuanto agrada al mundo es breve sueño²⁴»*

En este trabajo se intentó profundizar el Capítulo VI del Libro X de *Confesiones* y se pudieron esclarecer muchas cuestiones acerca de la estética agustiniana. Aunque este tema en San Agustín se ve dispersado en todas sus obras, se optó por ahondar un texto determinado debido a las limitaciones de la extensión del trabajo.

¿Qué es la belleza? ¿Podemos alcanzar a Dios por su intermediación? Estas fueron las preguntas planteadas al encarar el trabajo, las cuales pudieron ser contestadas a partir del fragmento elegido. Desde aquí hemos recorrido este viaje desde la belleza exterior, pasando por la belleza interior hasta la belleza trascendente. Hemos desarrollado y analizado cada uno de estos pasos desde este pasaje, con alguna que otra acotación de otros pasajes de *Confesiones*. Luego de pensar el camino trazado por Agustín, agregamos un último paso, como síntesis de los otros tres. Este es la capacidad artística del hombre, que experimentado este itinerario siente el impulso de crear y plasmar él mismo la belleza contemplada.

¿Cómo pensar el planteo de Agustín hoy? ¿Puede tomarse hoy este itinerario trazado como un camino hacia Dios? Proponemos dos figuras literarias que encarnan las dos posi-

bles reacciones frente al ascenso que propone san Agustín: Dante, por un lado, y Petrarca, por el otro. Dante, movido por la belleza de su amada Beatriz, emprenderá un largo viaje hasta llegar a Dios, como bien lo refleja la *Divina Comedia*. El camino que toma Petrarca, en cambio, poeta de espíritu moderno, quizá más renacentista que medieval, es reflejo del camino que toma hoy nuestra época. Al igual que Dante, Petrarca se desvela por una dama, Laura, pero nunca es capaz de dar el siguiente paso. Su amor por Laura no lo eleva a Dios, sino todo lo contrario. En su obra *Secretum*, diálogo entre el autor, san Agustín y la personificación de la verdad, el obispo de Hipona le aconseja que deje de escribir sobre su amada ya que su amor hacia ella lo ha desviado del camino de Dios. Laura es a la vez la gloria terrestre que eleva su alma y la medusa que lo petrifica, que no le permite trascender. «Llenado así de olvido / las divinas maneras, / las palabras, el rostro y dulce risa / me habían, y apartado / de la verdad ya tanto/ que suspirando dije: / ‘¿Cómo llegué aquí, o cuándo?’, / creyendo que en el cielo me encontraba²⁵». El último verso expresa la condena de Petrarca: ha sustituido el paraíso celestial por un paraíso terrenal. Si bien es consciente de su desvío, la belleza de lo mundano lo ha apartado del camino, su peregrinar se torció y ya no sabe cómo volver. Y como la belleza mundana es efímera, Laura muere y el poeta queda a la deriva, sin rumbo. «Veo la suerte en el puerto, y ya cansado / mi piloto, y los mástiles deshechos, / y las hermosas luces, apagadas²⁶». Las hermosas luces son los ojos de la amada que, continuando con la metáfora, son el faro que ya no da luz en la tormenta. ¿No será esta la actitud de nuestra contemporaneidad, perdida en las imágenes? Quizá nuestra época es más petrarquesca que dantesca. El hombre contemporáneo siempre se encontrará en esta encrucijada: caer en el laberinto de Petrarca o seguir el camino ascendente de Dante.

²³ *Ibidem*, p.181.

²⁴ PETRARCA, F., *Cancionero*, Madrid: Cátedra, 1997, p. 131.

²⁵ *Ibidem*, p. 457.

²⁶ *Ibidem*, p.811.

Bibliografía

- ASIEDU, Felix, «The Song of Songs and the Ascent of the Soul: Ambrose, Augustine, and the Language of Mysticism», *Vigiliae Christianae*, vol. 55, No. 3 2001, pp. 299-317.
- CHAPMAN, EMANUEL, «Some Aspects of St. Augustine's Philosophy of Beauty», *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol. 1, N° 1 (Spring, 1941), pp. 46-51.
- GALVIS, NELSON, «Nociones de Estética en San Agustín», *Kaleidoscopio*, vol. 4, N° 8, 2007, pp.179-183
- GILSON, ETIENNE, *El Espíritu de*, Buenos Aires, Rialp, 2009.
- PETRARCA, FRANCESCO, *Cancionero*, Madrid, Cátedra, 1997.
- PLATÓN, *Banquete*, trad., intro. y notas de Marcos Martínez Hernández, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2008, 176 pp.
- REY ALTUNA, LUIS, «Fundamentación ontológica de la belleza», *Anuario filosófico*, vol. 19, N° 1, 1986, pp. 105-134.
- SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Edición Latina, 2016, disponible en: <http://www.augustinus.it/latino/confessionii/index2.htm> [última vez consultado el 29/06/2016].